

JUAN AGUSTÍN BARRIGA



JUAN AGUSTIN BARRIGA

1891-1893



JUICIOS DE LA PRENSA DEL PLATA

RECOGIDOS

Y PUBLICADOS POR SUS AMIGOS DE SANTIAGO



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA Y ENCUADERNACION BARCELONA

Moneda, entre Estado y San Antonio

—
1893



PUBLICAMOS aquí reunidos los juicios de la prensa de uno y otro lado del Plata, acerca de nuestro distinguido amigo Juan Agustín Barriga.

Juicios tan notables como los de los señores don Calixto Oyuela y don Pedro Goyena, envuelven, sin duda alguna, un reproche directo á muchos de los que en Chile ignoran ó simulan ignorar las relevantes prendas del insigne literato á quien dedicamos estas líneas.

Amigos y compañeros, unidos á Barriga por el vínculo de las ideas religiosas, políticas y literarias, no menos estrechamente que por el afecto, creeríamos quitar gran parte de su mérito á esta publicación, si al concierto de alabanzas desapasionadas de los extraños, uniéramos las apasionadas nuestras, á las cuales sería inútil pedir imparcialidad.

No obstante, permítasenos decir que Juan Agustín Barriga es una honra de las letras nacionales: ático, primoroso y delicado en la expresión al par que en la

idea, reúne á la elegante sencillez de los antiguos clásicos franceses, la abundancia y energía de los grandes ingenios españoles.

Y porque alta y meritísima idea tenemos de Barriga como escritor, y porque deseamos que su talento sienta el estímulo del cariño y el no menos poderoso de la admiración y la gloria entre propios y extraños, le ofrecemos este ramillete de flores del Plata, que ojalá sirva de peldaño á su espíritu para elevarse á mayor altura, si es posible, en sus futuras producciones literarias.

Los Editores

Santiago, 18 de octubre de 1893.





JUAN AGUSTÍN BARRIGA



SEMBLANZA LITERARIA

(De D. Calixto Oyuela, C. de la Real Academia Española)

ESTE hermoso y raro ejemplar de hombre y de literato es uno de los más valientes desmentidos á las exageraciones de la crítica histórico-literaria. Al que haya estudiado seriamente las condiciones en que se desenvuelven los pueblos hispano-americanos, su índole, sus tendencias, instituciones y costumbres, el giro de sus ideas y el carácter de su confusa educación literaria, el hallar un hombre de las calidades especialísimas del que aquí queremos retratar, debe necesariamente causarle la más honda y grata sorpresa. Juan Agustín Barriga es un retoño de esos selectos espíritus del Renacimiento, que unían á la alteza de la mente la cultura más amena, refinada y flexible. Hombre de fe religiosa á la vez ardiente y serena, de firmes doctrinas, de carácter enér-

gico, de temperamento nervioso, es una protesta viva contra las vanas teorías, las fórmulas abstractas, las declamaciones sonoras, la laxitud de carácter, la falta de bien templados resortes, las complacencias eclécticas, la debilidad mental, en una palabra, tan comunes en las clases cultas y dirigentes de nuestra América Española. Y no se crea, por ello, que se trata de un áspero anticuado, reñido con la cultura contemporánea, ni con nada de aquello que en nuestros tiempos pueda significar un verdadero y legítimo progreso. Es, al contrario, un espíritu esencialmente moderno, aunque impregnado del más puro aroma del Renacimiento. Como hombre y como artista, vive al aire libre, observando y estudiando cuanto le rodea, sin detenerse nunca en la superficie y vana apariencia de las cosas, sino ahondando poderosamente en ellas, puesta siempre la mira en los objetos y en los anhelos más altos.

La personalidad de Juan Agustín Barriga se caracteriza y distingue, á nuestro juicio, por una gran complicación y riqueza de elementos y energías en tensión y actividad constantes, refrenados, encaminados y como reducidos á unidad y armonía por la mano sábiamente ordenadora de la Religión que profesa. Sin ésta, es probable que esas energías hubieran estallado con violencia, arrojándole en la vorágine de las pasiones sin freno, de los grandes esfuerzos estériles y de esas hondas perturbaciones de espíritu en que nuestro siglo es tan terriblemente fecundo. De sensibilidad intensa y viva, pone en todo un calor comunicativo y un noble entusiasmo, que le es propio. No obstante su experiencia y sus hábitos literarios, que embotan el gusto á tantos escritores, la belleza artística superior produce en su espíritu emoción tan profunda que repercute inmediatamente en sus nervios. Desdeña, por esto mismo, la *sensiblería*, como desprecia el vino falsificado el que sabe gustar y tiene hábito de beber del legítimo.

Con tales condiciones, y su activa participación en la política de Chile, en la que se ha hecho respetar y temer por

su causticidad y sus grandes dotes de orador parlamentario, claro está que nuestro amigo debía levantar á su paso airadas resistencias, y que no podrá ser, ni en su patria ni en América, un hombre verdaderamente popular. La raza intelectual á que pertenece, escasa ya también en Europa, tiene, sin embargo, en ella, una atmósfera más propicia, formada de tradiciones y recuerdos, y de una sabia cultura. En América, donde toda declamación tiene su asiento, aun en las regiones más encumbradas; donde la política y las letras se hallan contaminadas de estériles abstracciones y de utilitarismo grosero, los rarísimos representantes de dicha raza son como una viva ironía, como un hiriente sarcasmo de cuanto se tiene generalmente por bueno. Parece que con sólo existir, incurren ya en insolencia,

*Ch'amico in terra, a lungo andar, nessuno
resta a colui che della terra è schivo.*

Y sin embargo, ¿qué falta hacen en América hombres como éstos, si ha de salir algún día del periodo á la vez embrionario y decadente por que atraviesa!

En el orden literario, á que especialmente debemos ahora circunscribirnos, Barriga no es menos excepcional y excéntrico en América. La producción moderna en general, y la hispano-americana en particular, adolecen, entre otros muchos defectos, de apresuramiento y ligereza, y de una como ansia de publicidad y de buen éxito instantáneo. Se escribe, como observa Gladstone, al minuto y para el minuto. Sucede así que la mayor parte de nuestros escritores comienzan á escribir desde el punto mismo en que comienzan á estudiar, haciendo su aprendizaje fastidiosamente ante el público, y aun dado que, salvando los límites vulgares, lleguen por fin á aquella perfección y maestría propias de los verdaderos artistas, dejan tras de sí no pocos escritos que aumentan el volu-

men, pero nó el mérito de su obra, de los cuales ellos mismos se arrepienten luego. Sucede también, que una vez lanzados á escribir, se juzgan comprometidos á hacerlo constantemente, aunque vivan cien años, y se avergüenzan de confesar que no tienen obra alguna entre manos, sin comprender los inmensos beneficios que al artista llevan la concentración, la meditación y el temporario silencio.

Juan Agustín Barriga forma peregrino contraste con todo esto. Ha estudiado y observado primero, con amplitud y á fondo, conquistando en buena lid el derecho á ser escuchado, antes de llamar á sí la atención del público. Raro, rarísimo será en nuestros días el hombre que, sabiendo tanto como él sabe, poseyendo tan altas dotes de escritor y de artista, y hallándose ya tan maduro para la buena producción literaria, haya escrito ó por lo menos, publicado tan poco. Es un caso ejemplar y admirable de severa conciencia literaria. En vez de andar perdido tras el viento de la publicidad, para obtener que dé á luz lo que escribe, hay que arrancárselo casi á viva fuerza de las manos.

¡Y cómo escribe! ¡Qué vigor y qué hermosa desnudez de estilo! ¡Qué rica y gallarda prosa castellana! ¡Y qué agudeza, qué penetración fácil y rápida en sus observaciones críticas! Su talento es especialmente crítico, á tal punto, que no conocemos escritor alguno hispano-americano, con la única escepción del ilustre colombiano Miguel Antonio Caro, que en tal concepto, pueda equiparársele. Es, en efecto, admirable la aptitud de nuestro amigo para determinar el carácter típico de escritores y artistas, y lo es asimismo su poder analítico y la seguridad con que acierta siempre á señalar el rasgo de mérito, el verso substancialmente poético, la imagen delicada ó graciosa, el ingenuo y puro sentimiento, sin dejarse deslumbrar jamás por los falsos esplendores con que, aun en los verdaderos artistas, van muchas veces aparejados. Aunque sea al pasar y de prisa, y dirigiéndose á otro objeto, sabe caracteri-

zar con precisión infalible al escritor que menciona, como cuando, en su magnífico *Discurso sobre la lengua castellana como instrumento del arte literario*, dice que «un sobrehumano entusiasmo, como en nube de fuego, arrebatava á los alcázares del cielo la *fantasía* de León y *el alma toda* de la insigne carmelita», frase profunda que deja traslucir mucho más de lo que literalmente expresa. Sin hacer versos, conoce asimismo y siente como pocos sus más delicados secretos y hechicerías.

En medio de ese pseudo-realismo, burdo y miope, que ha invadido últimamente las letras, y que hoy, viendo imposible el triunfo definitivo, comienza á batirse en retirada, Barriga, prefiriendo el arte á la moda artística, que tanto imperio tiene sobre los débiles, se ha mantenido fiel á las tradiciones de su alta extirpe literaria, negando el incienso de sus supremas admiraciones á la pintura, aun magistral, de las cosas visibles sobre las que imperan los ojos, de los fenómenos fisiológicos, ó la descripción detallada y exacta, únicas cosas *reales* para los ciegos del alma, y reservándolo con fruición para el arte, mejor nacido, que sabe penetrar con vuelo poderoso en los inmensos dominios del espíritu en busca de realidades sublimes, y transformar en hermosura resplandeciente y viva sus más íntimos secretos y sus concepciones más profundas. El piensa, y razón le sobra, que quien ha sido digno de levantar su mente hasta las cumbres más altas, y de tener por reina y señora de sus pensamientos á la espiritual y soberana hermosura que brilla en *El Convite* de Platón, en el sublime discurso del Bembo en *El Cortesano*, y en *Los Nombres de Cristo* del gran agustino español, podrá echarles una flor ó un piropo, pero no enamorarse rendidamente de las fáciles bellezas callejeras del naturalismo francés contemporáneo. Tal es su noble ideal artístico.

Barriga no reniega de la raza á que pertenece, ni la desdeña, ni la llama falsa é hipócritamente *latina*, sino *española*,

como Dios manda. Siéntese unido á ella por los poderosos vínculos de la naturaleza, de la religión y de la lengua, y dista mucho de querer insensatamente romperlos. Pero no por ello desconoce las variedades que la naturaleza circunstante, entre otras causas, impone, ni menos renuncia á la independencia de su sereno espíritu crítico al discurrir sobre las condiciones propias de aquélla, sus cualidades y defectos, ó sobre el inmenso caudal de su producción artística y literaria.

La instrucción y lectura de este escritor es tan vasta como selecta. Pero no la deja en el estado en que la recibe, sino que va asimilándosela por la meditación y la reflexión severa á que constantemente la somete. Así fecunda ella su espíritu y brotan á su contacto las ideas. Y no sólo ha explorado por cuenta propia las regiones literarias donde despliegan sus galas las creaciones universalmente conocidas del ingenio humano, sino también los santuarios recónditos donde se recata esa belleza exquisita y quinta-esenciada, inaccesible á los profanos, y que sólo descubre sus encantos á quienes la contemplan de cerca con lámpara de mago. Auxiliado de su gran memoria, complácese en sus conversaciones familiares, en desplegar, como si los tuviese delante de los ojos, los acumulados tesoros, descubriendo y poniendo de relieve con sagacidad extraordinaria, contrastes y analogías tan justos como inesperados entre los más diversos autores de diferentes tiempos y naciones.

Hemos apuntado la desnudez de su estilo, y en verdad que toda su varonil energía, su amplitud y lozana hermosura nacen, no de su exterior atavío, ni de su pedrería deslumbrante, sino de la rica forma íntima en que su pensamiento natural y sencillamente se encarna, y que viene á formar como un todo indisoluble y armónico con el pensamiento mismo.

Entre las obras suyas que conocemos, debemos mencionar en primer término el ya citado *Discurso sobre las condiciones literarias de la lengua castellana*, que tan alto elogio arrancó

á Menéndez y Pelayo, y en que tan profundos conocimientos revela de nuestro idioma y literatura. Señala en él con mano firme las verdaderas causas de las corruptelas que invaden nuestra espléndida lengua, estudia su carácter, cualidades y deficiencias, y refuta victoriosamente con gran fuerza dialéctica y noble elocuencia, cuanto se ha dicho por quienes la ignoran, sobre su escasa aptitud para la expresión de las ideas y sentimientos modernos.

Notable es asimismo su *Estudio* sobre ambos Moratines. Nadie hasta ahora ha señalado con tanta precisión como él el carácter y mérito de *Inarco Celenio*, y la esfera propia en que se mueve. En el caos formado por la crítica moratiniana, ya por exceso de amor, ya por ignorancia y odio, nuestro amigo ha hecho la luz, poniéndose en el verdadero punto de vista y dando al ático y discutido autor de la *Elegía á las Musas* lo mucho bueno que legítimamente le corresponde, sin por ello alzarse á esferas que no son las suyas. Nada mejor observado y dicho que el curioso contraste entre la agitación y tumulto del mundo que le rodeaba y su apacible vocación literaria.

Pero á estos y otros trabajos de tan sólido mérito, excederá sin duda en importancia la vasta é interesantísima obra que está ahora escribiendo sobre *El sentimiento de la naturaleza en la literatura española*. No prejuzguemos, sin embargo, y mientras confiamos en que con ése y otros grandes estudios sabrá pagar como bueno la sagrada deuda que por su saber y talento tiene contraída con las letras castellanas, terminemos haciendo constar con el más legítimo orgullo que este hombre pertenece al cortísimo número de aquellos *quos æquus amavit Jupiter*.

Buenos Aires, agosto de 1892.





EN EL CLUB CATÓLICO

HA concurrencia habitual del Club, ese público selecto que da á las reuniones un tono más realzado de brillo, estaba bien representado.

El salón tenía el aspecto, que aún siendo semejante y mucho al de otras veces, es siempre agradable y parece nuevo.

Hubo algo que aumentó en esta ocasión lo que podría llamarse el interés de la sala; habían concurrido á la fiesta distinguidos caballeros chilenos que á sus prendas personales y condición de huéspedes, reunen la circunstancia de estar extrañados violenta é injustamente de su patria.

Entre las muestras de cariñoso respeto que se le demuestran siempre á Monseñor Soler y que ha recibido cada vez que se ha presentado en esa tribuna del Club,—tan llena de recuerdos para él,—empezó su discurso.

La elocuencia y riqueza de doctrinas que éste contiene, los consejos autorizados del Pastor, entremezclados con las frases de elogio y estímulo para el Club, dió á las palabras del Prelado un valer mayor y muy singular.

Todos los que escuchamos esas palabras las estimamos en

lo mucho que valen, guardándolas como muestras del amor que Su Señoría Ilma. profesa á nuestro Club, y prendas de sus sentimientos y propósitos cual jefe de la iglesia uruguaya.

Los aplausos probaron las excelentes impresiones del auditorio, resonando en cada período del elocuente discurso en señal de aprobación y acatamiento á los consejos y autorizadas advertencias.

Qué más puede decir este cronista del discurso del Prelado Diocesano, que no esté en el convencimiento de todos y valga más que las propias impresiones de los lectores, sus admiradores sinceros y decididos, entre los que humildemente y en último término se cuenta.

A tout seigneur tout honneur.

Rendimos tributo á ese axioma ó lo que sea, de los franceses, para anteponer á las otras partes de la fiesta, las que fueron improvisadas y no figuraban en el programa.

El ilustrado sacerdote don Salvador Donoso, que estaba en sitio preferente y junto al Prelado Diocesano, fué rogado para que hablara, y á las instancias accedió, pronunciando un discurso sobre la unión en todos los órdenes, brillante, y mucho más por el carácter de improvisación.

Empezó el presbítero Donoso recordando á su patria envuelta en las tinieblas de lucha fratricida y conmovió el sentimiento con que expresó su dolor por la situación de los hermanos chilenos.

Desarrollando la idea de su discurso, con palabra fácil y expresiva, la adornó con imágenes originales y brillantes, revelándose orador de subido mérito. Los consejos que dió con acento firme y apropiado á su carácter sacerdotal, fueron muy bien acogidos y agradecidos por los oyentes, que hicieron demostración de su satisfacción y agrado al orador.

Después se pidió al doctor don Juan A. Barriga, que hiciera oír su palabra, conocida como la de uno de los oradores más elocuentes de Chile.

Desde que subió á la tribuna el doctor Barriga, se vió en él al hombre acostumbrado á dirigirse al público, y templado en esas luchas del parlamento que sólo hacen maestro al que realmente vale.

Las primeras palabras de su discurso dejaron ver al hablante castizo, y á medida que las frases fueron enlazándose, confirmaron la fama que de orador y literato goza el doctor Barriga en su patria y fuera de ella.

Corta los períodos del discurso con elegancia notable, y sabe unir las condiciones de la oratoria clásica *docere, delectare, flectere*, enseñar, deleitar y conmover, con una facilidad y sencillez que serían el encanto y la admiración de Fenelón, por ser el tipo de orador de la *aimable naïveté et simplicité* que él buscaba y deseaba en sus hermosos *Diálogos de la elocuencia*.

No podemos dar cuenta aquí con toda la extensión que deseamos del discurso del ilustre orador chileno. El auditorio lo admiró y aplaudió entusiasmado.





JUAN AGUSTÍN BARRIGA

(Del *Sud Americano* de Buenos Aires)



DAMOS en este número el retrato del notable escritor chileno don Juan Agustín Barriga.

Conocida es ya del público bonaerense esta personalidad del ingenio, por múltiples títulos distinguida. Destinadas estas líneas únicamente á acompañar el retrato del señor Barriga, nos limitaremos á decir en ellas que cuenta apenas este escritor treinta y cuatro años de edad; que su talento y su vasta ilustración le han hecho avanzar á pasos agigantados en una carrera que para él no ha tenido tropiezos, colocándose en pocos años en un puesto envidiable entre los que en nuestra joven América han llegado por sus merecimientos á verse revestidos de la muy augusta dignidad del magisterio. En Francia donde, como en ninguna otra parte, se sabe coronar los esfuerzos del trabajo con lauros imperecederos; en el seno de esa gran metrópoli de las letras y las artes, donde el respeto de los ciudadanos y las caricias y mimos de la fortuna material constituyen el premio del mérito verdadero, Juan Agustín

Barriga ostentaría hoy, con el derecho legítimo de los fuertes, el título envidiable de *jeune maître*, que se discierne allí únicamente á los que por motivos especiales hayan sobresalido en la noble y esforzada lucha por la gloria.

Bástenos decir que el elevado espíritu de este crítico notable, el entendimiento penetrante de este pensador profundo; la exquisita facilidad, el brillo y singular desembarazo en el decir de este orador conspicuo hacen de él una de esas eminencias literarias que suelen honrar al país que les ve nacer. En efecto, como crítico, ha diseminado en revistas y periódicos trabajos que, si le hacen rayar á gran altura por el profundo discernimiento y perfecta solidez de los juicios, inspirados en la más exacta aplicación de las doctrinas y principios profesados, le merecen no menor fama por la gallardía, la elegancia y la pureza de la forma.

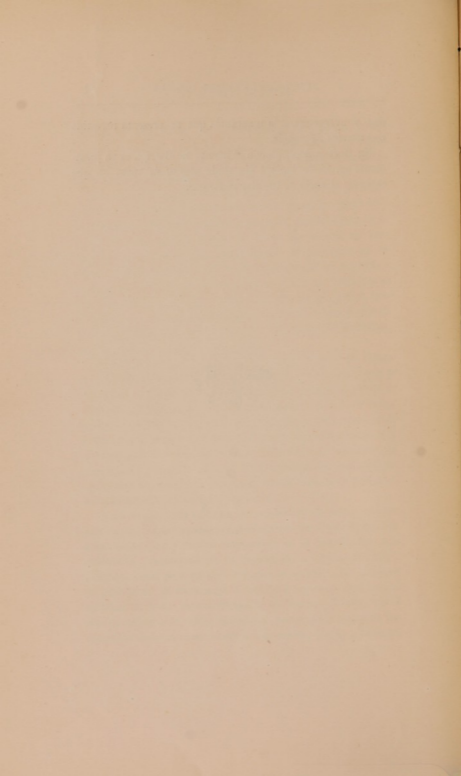
Como hombre de estudio, se ha revelado erudito de buena ley, poniendo de relieve las excelencias de su bien probado y cimentado saber. Espíritu culto, selecto, artista en toda la extensión de la palabra, eternamente apasionado de lo bello, pudiera yo decir de Juan Agustín Barriga lo que alguien dijo de don Juan Valera: á saber, que es una de esas naturalezas privilegiadas que en materia de arte todo lo sacrifican al buen gusto, buscando siempre lo irreprochable, apartándose con instintiva repulsión de cuanto no sea hermoso y perfecto. La aristocracia del ingenio, en suma.

Como orador, por último, y especialmente como orador parlamentario, la penetración y extensión en el juicio, unidos á una corrección y fluidez impecables en la forma, son sus cualidades características; la rapidez de la réplica, el discernimiento cabal para recoger siempre lo oportuno en el debate, para herir al adversario á tiempo ó esquivar con briosa agilidad el golpe mortal dirigido, su fuerza. Maestro en el arte de hablar á la razón, pocos hay que como él sepan en un momento dado imponer silencio á la osadía, burlar á la nece-

dad y avergonzar á la ignorancia que se presenta revestida con atavíos de ciencia.

En Buenos Aires, donde el talento de Barriga es ya justamente apreciado, hallará sin duda atmósfera vasta en que extender el vuelo de sus alas poderosas.







EL DOCTOR JUAN A. BARRIGA

(De la *Nación* de Montevideo)



AL anunciar la partida de este distinguido caballero y literato chileno, que se embarca hoy para el Pacífico, no podemos, aun cuando sepamos que la ausencia será corta, dejar de sentirlo.

En dos ocasiones ha venido á nuestro país el doctor Barriga, y, en las dos dejó señalado su paso como literato, hombre de mundo y amigo de la República del Uruguay.

Tanto en las obras por él publicadas como en sus discursos, tanto en la intimidad como en público, ha demostrado su valía el apreciable caballero que aún es nuestro huésped.

Su estilo brillante, el perfecto conocimiento de la lengua castellana, hacen de él uno de los escritores sud-americanos dignos de elogios como éste, del malogrado literato argentino don Pedro Goyena:

«Dos chilenos eminentes he tenido ocasión de tratar: Barros Arana, por su erudición indiscutible y sus notables aptitudes de historiógrafo; Juan Agustín Barriga, por su inteligencia luminosa y penetrante como no he conocido hasta

ahora ninguna. Como escritor lo estimo el primero de su país y uno de los primeros de la América Española.

«El fragmento que trae la *América Literaria* de Lagomaggiore, de una belleza acabada y magistral, es quizás el trozo más bello de prosa que yo conozco, escrito en esta parte de América. No estoy de acuerdo con él en cuanto al fondo, excesivamente español; pero no puedo menos de admirar la novedad de los pensamientos y la energía y hermosura de su prosa, cincelada y resplandeciente como el mármol de Paros.

«Son igualmente notables dos ó tres artículos publicados en la *Revista de Artes* de Santiago y otro sobre nuestro distinguido amigo y compatriota Calixto Oyuela. En todos ellos se encuentran observaciones críticas, siempre agudas y curiosas, y sobre todo, frases magníficas que retratan á un escritor ó hacen sentir alguna particularidad literaria, como cuando dice hablando de Chateaubriand: *el sombrío René, víctima ilustre del orgullo sentimental que se devora perpetuamente á sí mismo*.

«¡Con cuánta elegancia y con qué verdad define á don Leandro Fernández de Moratín en esta frase admirable y profunda: *amante apasionado de la forma contemplada en su propia y natural hermosura, Moratín la servía con la humilde adoración de un esclavo dispuesto siempre á obedecerla en sus menores caprichos*. ¡Esto se llama retratar de una pincelada!

«¡Y cuando dice, hablando de la decadencia de la lengua castellana en el siglo XVIII: «perdió la lengua muchas de sus principales bellezas, la rotundidad y pompa del período, la originalidad pintoresca de ciertas expresiones y *aquel andar majestuoso del hipérbaton que como manto real cubría las robustas y magníficas formas de su cuerpo*».

«En verdad, no puedo explicarme cómo un escritor de esta importancia, que maneja de este modo la lengua, dotado de instinto crítico tan poderoso, de una inteligencia tan noble, viva y abierta, no haya adquirido aún la celebridad que in

debidamente se ha concedido á tantos individuos mediocres de su país y de la América en general.»

Como orador, en nada desmerece. Su dicción es pura; su voz, de timbre agradable, ora tiene como modulaciones suaves, ora vibra potente, según el tema del discurso.

Con dotes semejantes, unidas á una distinción nativa y una gracia de *causeur* poco comunes, era natural que nuestros principales salones se abriesen para el doctor Barriga.

Así sucedió, en efecto. Y durante el tiempo que ha permanecido entre nosotros, nuestra sociedad ha tenido muy á menudo ocasión de felicitarse por haber conocido á tan distinguido caballero.

La noticia de su partida será, pues, sentidísima.

Cuando un hombre como el doctor Barriga ha pasado algunos meses en el seno de una sociedad que sabe apreciar á los hombres de valer, no se ausenta sin dejar tras de sí un gran vacío y en todos aquellos que le han conocido un sentimiento que los portugueses explican con una sola palabra, pero imposible de traducir: *Saudade!*

Esto es lo que sentimos nosotros al escribir estas líneas de despedida.

Pero si algo mitiga nuestro natural sentimiento al ver alejarse al doctor Barriga, es la convicción de que tendremos en breve la dicha de estrecharle la mano á su regreso, como se la estrechamos ahora que parte.





EL DOCTOR JUAN A. BARRIGA

(De *El Bien*)



MAÑANA dejará nuestras playas, quizás definitivamente, el ilustre literato chileno don Juan Agustín Barriga.

Dos veces ha venido á nuestro país; en la primera memorable, dejando á su patria ensangrentada en la guerra civil; en la segunda por causa voluntaria.

Y en estas dos ocasiones ha podido mostrarse á nosotros como uno de los ingenios más distinguidos de la América Española, que por motivos de difícil conocimiento, no ha adquirido aún la gran notoriedad que merece.

Su paso por nuestra ciudad, donde casi no se advierte, como en todas las que están expuestas al vaivén continuo de extranjeros, la presencia de una inteligencia superior y de una personalidad singularizada por ricos elementos y energías, ha sido muy señalado.

El Club Católico tuvo la satisfacción de oír en su recinto un hermoso discurso suyo reivindicando para la mujer el

puesto de acción en el catolicismo. La *Revista Uruguaya* acaba de publicar un estudio sobre Moratín, que es modelo de crítica.

Ese artículo, que acaso no sea considerado en todo su valer aquí, donde la literatura es apenas un pretextó para muchos, y afición sincera de pocos, tiene, á nuestro juicio, un alto precio. Quizás es la primera vez que en la literatura castellana se encuentre practicada la crítica según la forma que ha dado especialísimo valor á los estudios literarios de Taine y á los ensayos de psicología de Bourget, la vida moral de una época y de una nación estudiada en los escritores al mismo tiempo que el alma de éstos.

El literato que cuenta con páginas tan notables como la de ese estudio de Moratín y las del *Discurso sobre la lengua castellana como instrumento literario*, tiene indudablemente que contarse entre los más escogidos ingenios americanos, y brillar al lado de Miguel Antonio Caro y Calixto Oyuela, con quienes tantos puntos tiene de semejanza.

El distinguido crítico y poeta argentino que acabamos de nombrar ha reconocido y proclamado con gallardía propia de sus escritos, los méritos del doctor Barriga en una hermosa *Semblanza Literaria* publicada por primera vez en la *Revista Uruguaya*, en el número del mes de agosto último.

Con el sentimiento de quien ve alejarse un buen amigo saludamos al doctor Barriga. Una esperanza nos halaga todavía: que no será esta ocasión la última que el distinguido literato nos visite.





DISCURSO DEL DR. JUAN A. BARRIGA

(De *El Bien*)



POR falta de tiempo y por las graves ocupaciones que la cuestión financiera ocasiona á nuestro ilustrado huésped, no podemos publicar íntegro el notable discurso que pronunció en el espléndido acto público del Club Católico.

Dió principio á su discurso el doctor Barriga recordando en sentidas y elocuentes palabras su primera visita á nuestra capital y dando público testimonio de gratitud á la culta sociedad de Montevideo, por la noble y merecida hospitalidad y las honrosas consideraciones de que fué objeto, cuando en 1891 los sucesos políticos de Chile le trajeron á nuestro país en calidad de emigrado.

Después de una breve introducción expuso el tema de su brillante discurso: el cual puede resumirse en las siguientes palabras: «sólo el Cristianismo ha comprendido la dignidad de la mujer, asegurándole en los destinos de la humanidad el puesto que Dios y la naturaleza le han señalado».

En elegantes y sentidas frases hizo una pintura de lo que

era la mujer ante la ley y las costumbres de la antigüedad gentilica.

«Cuando el cristianismo vino al mundo, dijo, más ó menos, el orador, encontró en su apogeo la más floreciente y poderosa civilización que haya nacido puramente del esfuerzo del hombre: la gran civilización greco-romana. No creo, señores, agregó, que el espíritu humano haya alcanzado jamás con sus solas fuerzas un grado superior de cultura á la que revelan las obras maestras del arte griego y el portentoso mecanismo de la jurisprudencia romana. Todavía á tan larga distancia después de diez y nueve siglos y á través de tantas generaciones y de tantas catástrofes políticas y morales, somos aún tributarios de Atenas en cuanto á la producción de la belleza artística y de Roma en los principios constitutivos de la ciencia jurídica. Apenas quedan silenciosas ruinas de la patria de Pericles y de Fidias, y sin embargo, señores, todavía sonríe al mundo desde su alto pedestal la Venus de Milo, atrayendo á sus plantas vencedoras la admiración de los hombres capaces de sentir y comprender la inefable armonía de las formas; todavía los restos sagrados de la Acrópolis conservan en medio del horrendo estrago de los tiempos, más juvenil belleza, más verdadera y luminosa hermosura que los más bellos monumentos arquitectónicos del pasado siglo; todavía Aristóteles y Platón, la Academia y el Liceo, mirando el uno al firmamento y señalando el otro la tierra como la fuente fecunda de sus observaciones, todavía contienen y sintetizan en sus obras admirables las dos corrientes que forman en lucha desigual y alternativa el movimiento filosófico de todas las escuelas modernas; y todavía señores, cuando el más ilustre capitán del siglo, cuando el genio organizador de Bonaparte quiso reconstruir la sociedad francesa desquiciada por el hacha destructora de la revolución, hubo de fundarla forzosamente sobre los cimientos incommovibles de la jurisprudencia romana!»

Los aplausos más entusiastas saludaron este brillante período oratorio.

Manifestó en seguida el orador con grande acopio de datos, rápidamente expuestos, cómo en Grecia, á quien llamó «madre inmortal, cuna de sabios y de héroes, y faro luminoso del pensamiento gentilico»; y en Roma, patria de los jurisconsultos, «la mujer había sido relegada á la oscuridad más completa, á los trabajos más vulgares y penosos de la vida doméstica. Los sabios gentilicos la despreciaban, como á vil instrumento de materiales y fugitivos deleites; y el mismo Sócrates, cuyo nombre es sinónimo de saber y elevación moral, el hombre por excelencia á quien la filosofía sensualista del siglo XVIII osó comparar á Jesucristo, no acertó á comprender la dignidad de la mujer, ni la importancia de su misión social».

Continuó manifestando el doctor Barriga el concepto que los jurisconsultos romanos habían formado de la mujer en la patria de las Cornelias y Lucrecias, de Calpurnia y de Virginia, y de tantas heroicas mujeres que la poesía y la historia han inmortalizado en sus páginas. Hasta los tiempos medios de la República las leyes daban al hombre el derecho de vida y muerte sobre la mujer, podía disponer de ella y aun venderla en el mercado, según la doctrina de los jurisconsultos clásicos; y prosiguiendo de este modo en su rápida reseña, recordó el orador que hasta en los tiempos del Imperio y en la propia época de Justiniano, todavía el marido conservaba sobre la mujer el bárbaro y humillante derecho de repudio.

«Para gloria de vosotras, dijo, la redención de la mujer estaba ligada á otra redención más alta y comprensiva.

«Permitid, señores, agregó, que olvidando al divino Platón y á los jurisconsultos romanos, vuelva los ojos á otras fuentes más puras y que, abriendo la primera página del más antiguo y venerable de los Sagrados Libros, os invite por un momento á refrescar vuestro espíritu, fatigado por la confusa

agitación de las pasiones contemporáneas, en esas brisas inmortales que soplan todavía de los jardines del Edén sobre a frente inclinada de los siglos que fueron. Habéis oído la palabra de los filósofos; oigamos ahora la palabra de la Biblia!»

Trazó en seguida á grandes rasgos y en un soberbio cuadro la creación de la primera mujer y puso en relieve la magnificencia del plan divino en aquel trance maravilloso.

El selecto auditorio tradujo en prolongados aplausos sus manifestaciones de verdadero entusiasmo.

Puso fin á su discurso el doctor Barriga con esta magnífica peroración:

«Por grande que aparezca á nuestros ojos la dignidad de la mujer en la primera página de la historia, hay, sin embargo, otro momento en que aparece todavía más alta, con más divina y soberana hermosura que en el acto de la creación. Una mujer había perdido el género humano; otra mujer debía salvarle. No es ya, señores, la doncella arrogante y graciosa que Milton nos ha pintado en su admirable poema, jugando con su propia imagen y sonriéndola en el limpio cristal de la fuente; no es la mujer seductora, de atrayente mirar y de profana aunque magnífica hermosura; no es ciertamente Eva, la mujer ideal que en vuestra infancia, en el regazo de vuestras madres, habéis aprendido á imitar como el modelo y dechado de la virtud y gentileza cristianas; es la humilde doncella de Nazareth, la celestial morena cantada por el místico bardo de Sulamith en el *Cantar de los Cantares*; la Virgen casta, ruborosa y sencilla que se turba y baja modestamente los ojos cuando el ángel le anuncia que el Espíritu de Dios le ha escogido por esposa y por madre del Redentor del género humano.

«Dignificada así por la figura ideal de María, la mujer será en adelante el centro de la nueva cultura, la flor más bella de la naciente civilización cristiana. El culto de la mujer da

origen en la Edad Media á la más noble y hermosa institución que haya concebido antes de ahora la sociedad humana: la caballería. Ella es el rayo de luz que ilumina las tinieblas y suaviza con aroma purísimo los horrores de aquella edad justamente llamada de hierro. La mujer es quien infunde valor en el pecho de los guerreros é inflama la mente y el corazón de los trovadores y menestrales; ella es quien dicta á Petrarca la amorosa melodía de sus sonetos, inspira al Dante las áureas visiones del Paraíso y enciende la llama poética en la serena y reflexiva mente de Don Alfonso el Sabio; su rostro es el que asoma como ideal aparición en las fantásticas vidrieras de las grandes catedrales góticas; ella es quien preside, como reina y soberana, las Cortes de amor y los torneos de la gaya ciencia provenzal; ella quien realza con el brillo de su hermosura y las galas de su ingenio la magnífica alborada del Renacimiento; ella quien adivina el genio del marino genovés, que en frágil barca ha de lanzarse al encuentro de un mundo desconocido; ella quien sirve de inspiradora y de modelo á los grandes artistas del siglo XVI; ella quien sonrío en las madonas de Rafael, baña en rosadas tintas el pincel delicado de Correggio y gobierna con la gentil marquesa de Pescara al genio indómito, poderoso y audaz de Miguel Angel.

«Y si pasamos de la belleza artística á esta otra hermosura que sólo es dado contemplar con los ojos del alma ¿cómo enumerar, señores, la serie interminable de aquellas nobilísimas criaturas que, á la humilde sombra de los claustros, vienen salvando la vida del espíritu desde los primeros siglos del cristianismo?

«Adonde quiera que vaya el misionero ó el apóstol, veréis á su lado alguna mujer extraordinaria que rivaliza con ellos en virtud, en sacrificio y en celo por el bien de las almas. Ciertamente, Paula y Estoquia son dignas cooperadoras de San Jerónimo, el león sublime de la penitencia en los de-

siertos de la Siria; una mujer admirable salva con sus lágrimas al más hermoso genio de la Iglesia latina; el gran organizador de la Orden Benedictina encuentra en su propia hermana el apoyo más eficaz para llevar á cabo la asombrosa fundación que debía salvar la ciencia y la cultura clásica de la barbarie feudal en la Edad Media; Juan de Avila, el apóstol de Andalucía y San Juan de la Cruz, el seráfico poeta de la *Noche oscura*, se eclipsan ante la aureola de la insigne carmelita que reveló, con ciencia maravillosa y estilo incomparable, al mundo estupefacto, las Siete Moradas sobrenaturales del alma; el dulce Obispo de Ginebra no puede separarse en los anales eclesiásticos de la noble Juana de Chantal, fundadora de la Visitación, y el nombre sólo de Vicente de Paul basta para evocar en nuestra memoria toda una legión de vírgenes que, renunciando al mundo, consagran su juventud y sacrifican su belleza á aliviar las dolencias de la humanidad.

«¿Pero, á qué me empeño inútilmente, dignísimas señoras, en demostrar los servicios que el cristianismo ha prestado á la causa de la mujer y la parte que os corresponde en las grandes instituciones de la piedad católica, cuando sin salir de este recinto, sois aquí vosotras mismas un testimonio elocuentísimo, un argumento irrecusable de lo que puede la mujer cuando se inspira en las altas enseñanzas del catolicismo? ¡Hermoso ejemplo es el que dais, señoras de Montevideo, rodeando con vuestro prestigio al digno Prelado que, para suerte de vosotras y honra del episcopado americano, rige actualmente los destinos de la iglesia Oriental!

«Obrando así, no solamente hacéis acto de gratitud, sino también acto de inteligencia. Vosotras habéis comprendido que en estas crisis morales y económicas por que atraviesa nuestra joven América, al par de la vieja Europa, cuando peligran todos los ideales que constituyen la nobleza del alma y el objetivo digno de la existencia, no serán ciertamente los filósofos, ni los economistas, ni las lisonjas pervertidas de los

políticos quienes vengan á salvarnos en el momento decisivo. Vuestro claro entendimiento y el instinto generoso del corazón os dicen que aquí estáis bien, que vuestro puesto está aquí, prestando el valioso contingente de la virtud, el talento y la hermosura á la causa del episcopado, que es la causa de la iglesia, y, ¿por qué no decirlo con todo el orgullo y la altivez de la antigua caballería cristiana? ¡la causa de la civilización!»

Las últimas palabras del tribuno chileno fueron de agradecimiento á la distinguida concurrencia y expresando los votos más sinceros por la gloria, la prosperidad y engrandecimiento de la noble patria oriental.





EN HOMENAJE AL DOCTOR BARRIGA



BRILLANTE y selecto, dice *La Prensa* de Buenos Aires, fué el banquete que los escritores argentinos obsequiaron al ilustre escritor chileno Juan Agustín Barriga, nuestro huésped desde hace algunos días. Efectuóse el banquete en la casa de Mercer y entre los asistentes recordamos el doctor Calixto Oyuela, Presidente del Ateneo; Adolfo Guerrero, Ministro Plenipotenciario de Chile; Gamboa, representante de Méjico; Rubén Darío, de Centro América; Rafael Obligado, Domingo Martinto, doctor Quezada, doctor Vega Belgrano, doctor Tezanos Pinto, Alberto del Solar, doctor Adolfo Ibáñez, Leopoldo Díaz, García Velloso y otros distinguidos representantes de las letras americanas y españolas. Adhirieron también á la manifestación los señores Joaquín V. González y Martín Coronado.

Reinó en la comida el espíritu más amistoso y franco, abundando las manifestaciones de fraternidad entre chilenos y argentinos.

Abrió los brindis el doctor Oyuela, ofreciendo la fiesta al

obsequiado, el cual contestó en términos elocuentes. Hablaron luego los señores Quezada, Ministro Guerrero, Rafael Obligado, doctor Tezanos Pinto, Ibáñez y los demás comensales, manteniendo todos el interés más vivo.

El señor García Velloso leyó unas brillantes estrofas en honor del doctor Barriga, que fueron extraordinariamente aplaudidas. El doctor Barriga puede estar complacido del alto aprecio en que aquí se le tiene por el vigor de su inteligencia, su alta cultura y las nobles condiciones de su carácter.

Nuestro país ha correspondido á las atenciones de que en Chile fueron objeto, hace poco, algunos viajeros argentinos, haciendo esta significativa demostración al que es, sin duda, uno de los más altos representantes de la cultura chilena, y á la vez uno de los espíritus más refinados y sólidos con que actualmente cuentan las letras castellanas.





EL DR. DON JUAN AGUSTÍN BARRIGA

(De *La Tribuna de Buenos Aires*)



DE un interesante trabajo del señor Hunceus, apreciado literato chileno, autor de los *Estudios sobre España* y de un grave y concienzudo libro sobre el progreso intelectual de Chile, publicamos á continuación el siguiente retrato del doctor Barriga, en el cual aparece en claro su personalidad política y literaria.

Hemos creído oportuno hacer conocer esta biografía, por hallarse en esta ciudad el doctor Barriga, que es apreciado en Chile como notable estadista y eximio orador parlamentario; como literato, por lo que puede verse, su reputación no es solamente americana, sino que ha llegado á llamar justamente la atención de los primeros hablistas de España. Hacemos, pues, un acto de justicia transcribiendo este retrato de nuestro distinguido huésped:

«Estamos ahora delante de una de las personalidades más curiosas y acentuadas que cuenta la generación chilena de los últimos treinta y cinco años.

«Un retrato exacto de Juan Agustín Barriga necesitaría ser ejecutado por la mano de un maestro, porque hay en la vida intelectual de este modelo cierta inquietud nerviosa y constante que hace recordar pronto la movilidad expresiva de su semblante físico. Efectivamente, hijo como es Barriga de uno de los magistrados chilenos que más han honrado á las Cortes de la República, fué educado también para el foro, al cual llegó con su título de abogado en 1879, cuando contaba veintidós años de edad. Las indiscreciones inevitables de la prensa literaria de aquella época, habían denunciado ya en este nuevo miembro del foro á un discípulo ferviente y aventajadísimo de la alta religión del arte. En *La Estrella de Chile* y en otros periódicos había llamado ya la atención de los inteligentes el nombre que encabeza estas líneas y que aparecía allí con frecuencia al pie de artículos literarios y de estudios críticos que revelaban una cultura intelectual esmerada, una elegancia y pureza de forma notables y toda esa poderosa intuición estética que caracteriza sólo á los verdaderos críticos del arte.

«El vigor con que latían en Juan Agustín Barriga estas nobles y raras facultades, le hicieron ceder á la primera inquietud grande que tentaba su carrera; el abnegado y generoso culto de las letras le hizo dejar á la zaga las avidedeces de la jurisprudencia y menospreciar las esperanzas lucrativas del foro. Barriga sería hoy uno de los grandes abogados de Chile si no hubiera descuidado su bufete profesional por las nobles especulaciones de las letras y más tarde por las luchas absorbentes de la política.

«Posee para la carrera del foro las dos cualidades más eminentes y necesarias: una gran fuerza dialéctica para destruir al adversario, y una elocución clara, expresiva y enérgica que

ha hecho de él uno de los grandes oradores de nuestras luchas parlamentarias en los últimos tiempos.

«Las distinciones lisonjeras que obtuvo Juan Agustín Barriga en sus estrenos literarios; la variada y completa ilustración que su pluma revelaba desde un principio; la madurez severa y precoz de criterio que presidía á sus juicios y opiniones; su inquebrantable pasión por ciertas ideas fijas y su fe profunda en los dogmas del catolicismo, hicieron que el partido conservador de Chile divisara en él una hermosísima esperanza en flor y una columna política segura para el porvenir.

«Por eso á la edad en que otros son todavía estudiantes universitarios y á la edad en que muchos reciben una áspera reprimenda de los maestros del aula, Juan Agustín Barriga recibía en su mejilla de niño soñador la caricia interesada y egoísta de un partido político que lo llevó á la Cámara de Diputados para que defendiera desde los bancos entonces solitarios de la derecha conservadora de nuestro Congreso, los viejos principios, que en breve debían ser arrollados y vencidos por el afianzamiento definitivo en el poder del partido liberal y que se sentían despedazados por el hacha dura de las reformas teológicas y secularizadoras que blandió desde el primer día la administración política de don Domingo Santa María.

«Aquí fué donde Juan Agustín Barriga se dió á conocer del país. Aquí donde el partido conservador, que creía en un principio haber encontrado un buen soldado de su causa, notó que había descubierto uno de esos oradores nacidos para ordenar y dirigir los rumbos de sus partidarios. Aquí, en fin, donde hasta el brillante talento literario de escritor y de crítico del antiguo y juvenil colaborador de *La Estrella de Chile* ha sufrido un eclipse natural ante sus poderosas facultades oratorias, eclipse que sólo ha desaparecido por cortos intervalos, cuando Barriga ha redactado con pluma nerviosa y ele-

gante alguno de los grandes órganos políticos y literarios que tiene en la prensa su partido.

«Como orador parlamentario, ha habido, a mi entender, en Chile bien pocos capaces de rivalizar con la fuerza nerviosa de Barriga, con su admirable diafanidad de pensamiento y de forma, con su sabia y elegantísima facilidad parlamentaria y con su severa y desafectada solemnidad académica. Poseedor de un órgano vocal de extensión poderosa, de vocalización excepcionalmente correcta y clara, de timbre sonoro y plateado, la palabra dueña siempre de sí propia, pero impulsada también por una gran pasión por sus convicciones, emana de sus labios con la espontaneidad inimitable de la verdadera inspiración, llena sin esfuerzos el ámbito de la Cámara, se impone con vigor al adversario y envuelta en el doble manto de hermosas y frescas imágenes y de eruditas y agudas reminiscencias literarias é históricas, sabe conservar en el debate toda esa elegante majestad de la elocuencia artística que tanto humilla al adversario y tanto eleva al vencedor.

«Nadie olvidará en Chile las dos grandes y brillantes campañas parlamentarias de Barriga contra las reformas de 1884, y contra la inicua y escandalosa intervención oficial de 1885. En aquellas dos campañas Barriga fué más de una vez el *leader* brillante de la causa conservadora, y desde entonces le tenemos por el primer orador parlamentario de su partido.

«Sin duda que Carlos Walker Martínez le vence en la pasión y en el fuego; pero hay entre los dos toda esa enorme distancia—que tanto se nota en una Cámara—que media entre el orador parlamentario y el tribuno popular. Y así como en la tribuna abierta del *meeting* la elocuencia de Walker no tiene rivales sino de la talla de Isidoro Errázuriz, así en los cultos estrados del Parlamento la elocuencia de Barriga no puede competir sino con la de esos grandes oradores del liberalismo chileno que se llaman Eulogio Altamirano y Enrique Mac-Iver.

«Cuando Juan Agustín Barriga, que es aún muy joven, llegue á la edad de estos ilustres oradores y haya desarrollado en nuevas luchas sus facultades excepcionalmente cultas y armónicas, entonces, no lo dudamos, ni tememos anunciarlo, su elocuencia parlamentaria será no solamente la primera de su partido, sino también de las primeras en cualquiera Cámara donde se tribute respeto á la dignidad del pensamiento y á la belleza de la forma.

«En este sentido ha sido una gran desgracia para nuestra tribuna política la partida al extranjero de Juan Agustín Barriga y el alejamiento en que circunstancias personales y disidencias dignas de todo respeto, le habían mantenido alejado de la arena ardiente del actual y glorioso Congreso, en el que figura con la honrosa representación política de la capital de la República.

«Empero, si con esto pierde la elocuencia, han vuelto á ganar las letras, que han visto en los últimos años piezas tan notables de este escritor como un original y delicioso estudio crítico sobre *Moratin* publicado en la *Revista de Artes y Letras*, como una breve pero agudísima nota sobre la *Historia de las Ideas Estéticas* de Menéndez y Pelayo y muy principalmente su con razón celebrado *Discurso sobre la lengua castellana como instrumento literario*, tema digno de artista y de sabio y tratado en breves páginas con una erudición sin aparato, con una novedad tan singular de pensamiento y con perfección tan galana de forma, que con justicia excitaron en España la honrosa admiración y el merecido aplauso del insigne autor de los *Heterodoxos Españoles*.

«Como escritor, las facultades que dominan en Juan Agustín Barriga son: un talento crítico poderoso, claro, original y profundamente cultivado, y en seguida un sentido estético excepcional para acertar siempre con la forma más diáfana, más armoniosa, más castiza y más elegante del pensamiento.

«Esta última facultad le colocará entre los primeros prosa-

dores castellanos de la época, si logra terminar y publicar sus extensos y delicados estudios sobre *El sentimiento de la naturaleza en la literatura española*.

«Como chilenos amantes de las letras deseamos de veras que la ausencia de su patria, que hoy obliga forzosamente á Barriga á abandonar las nobles tareas que, á más de su labor parlamentaria, política y forense ha desempeñado con tan reconocida preparación y brillo como profesor de Derecho Natural de la Universidad de Chile y de Derecho Internacional de la Universidad Católica: deseamos, repetimos, que el forzado abandono de tan honrosa situación y de tan importantes cargos le obliguen á volver los ojos al dulce regazo de las letras y le hagan terminar y publicar los numerosos é interesantes trabajos inéditos que guardan sus cajones de escritor.

«Puede que esta petición y estas apreciaciones merezcan alguna deferencia, ya que, si no vienen de persona importante, nacen al menos espontánea y sinceramente de la modesta pluma de un escritor que pertenece en ideas políticas y religiosas á un campo tan conocido y diametralmente opuesto al del modelo que ahora estudiamos.

«Sin embargo, à tout seigneur.....

«JORGE HUNEEUS GANA.»





JUAN AGUSTÍN BARRIGA



NUNCA se borrará de mi memoria el día que me fué presentado este joven escritor y orador parlamentario chileno, en un banquete que daba Lucio V. López á varios caballeros emigrados de esa República hermana, convulsionada entonces por una revolución tan tremenda como imprevista para nosotros.

Yo le conocía de antemano por un discurso muy notable, pronunciado hace siete ú ocho años en el Congreso de Chile, sobre ciertas reformas religiosas que se quería introducir en la Constitución. Por su intención política y su carácter oratorio, parecióme aquel discurso la obra de un hombre maduro, lleno de experiencia y versación en los negocios de la vida pública. Grande fué, pues, mi sorpresa cuando me hallé en presencia de un mozo de aspecto algo delicado y enjuto que podía representar treinta ó treinta y dos años, más ó menos, de fisonomía agradable, maneras distinguidas, de rostro algo pálido, ojos magníficos y de un mirar expresivo y profundo.

Terminado el banquete, los hombres nos constituimos, si-

guiendo la costumbre, en *petit comité*, y la charla se hizo general. Se habló de todo: de literatura, de arte y aun de política. Quedé verdaderamente maravillado de su saber, de la lucidez extraordinaria de su espíritu y de su acierto para juzgar las cosas y los hombres de la tierra argentina.

Uno de los invitados, *esprit fort*, de genio muy travieso y maligno, conociendo las ideas religiosas del distinguido huésped chileno, trajo á colación los nombres de Voltaire, Littré, Saint-Beuve y Renan y otros creyentes fervorosos de la misma pasta. Barriga no se inmutó ni se dió por entendido de la alusión. Habló de todos ellos superiormente, con agudeza, con elevación y aun con generosidad. El provocante quedó desconcertado. Para Renan tuvo una frase espléndida, que nunca olvidaré. «Confieso, dijo, que su estilo es de una claridad perfecta, de una gracia admirable; pero una gracia pálida, fría é infecunda como el escepticismo de su alma.» No creo que se haya definido más bellamente y con más verdad la forma literaria del autor de la *Vida de Jesucristo*.

Esa noche conversamos largamente de todo, y cada vez quedé más encantado de su saber y su manera de juzgar las producciones del espíritu. Después he leído con interés siempre creciente varios trabajos suyos que yo no conocía y que fueron para mí una verdadera revelación.

El fragmento que trae la *America Literaria* de Lagomaggiore es de una belleza acabada y magistral: es quizá el trozo más bello de prosa que yo conozca, escrito en esta parte de América. No estoy de acuerdo con él en cuanto al fondo, exclusivamente español; pero no puedo menos de admirar la novedad de los pensamientos y la energía y hermosura de su prosa, cincelada y resplandeciente como el mármol de Paros.

Son igualmente notables dos ó tres artículos publicados en la *Revista de Artes* de Santiago y otro reciente sobre nuestro distinguido amigo y compatriota Calixto Oyuela. En todos ellos se encuentran observaciones críticas, siempre agudas y

curiosas, y sobre todo frases magníficas que retratan á un escritor ó hacen sentir alguna particularidad literaria, como cuando dice hablando de Chateaubriand; *el sombrío René, víctima ilustre del orgullo sentimental que se devora perpétuamente á sí mismo.*

¡Con cuánta elegancia y con qué verdad define á don Leandro Fernández de Moratín en esta frase admirable y profunda: *amante apasionado de la forma contemplada en su propia y natural hermosura, Moratín la servía en la humilde adoración de un esclavo dispuesto siempre á obedecerla en sus menores caprichos.* ¡Esto se llama retratar de una pincelada!

¡Y cuando dice, hablando de la decadencia de la lengua castellana en el siglo XVIII: «perdió la lengua muchas de sus antiguas y principales bellezas, la rotundidad y pompa del período, la originalidad pintoresca de ciertas expresiones y *aquel andar majestuoso del hipérbaton que, como manto real, cubría los robustas y magníficas formas de su cuerpo.*»

Tratando de caracterizar la prosa de Cervantes, Juan Agustín Barriga se expresa en términos que no desdicen de aquél gran modelo:

«Oíd aquel lenguaje que, como río de oro, corre por entre guijas y sonoras peñas y va despertando á su paso los mil rumores de la naturaleza, desde el insecto que zumba entre la olorosa hierba hasta el eco adormecido en las profundas concavidades de la montaña. ¡Qué estilo señores, y qué lengua! Cuando describe, pinta; cuando se entusiasma, canta; y cuando llora, suspira como la flauta de los pastores. Si quiere regalarnos con el magnífico espectáculo de la alborada, nos parece ver la sonrosadas nubes que anuncian la venida del sol y oír el canto de los pájaros y la alegre sinfonía de los arroyos que bajan coronados de blanquísima espuma. Si quiere pintarnos el baile de la gitanillas, la frase primeramente se mueve, cadenciosa y viva, rápida y voladora en seguida, óyese el ruido de las castañuelas y tamboriles, la voz argentina de

las bailadoras, los entusiastas vivos de la muchedumbre y la confusa gritería de los muchachos, parécenos que estuviéramos allí como espectadores y hasta creemos adivinar, en los graciosos movimientos del cuerpo, las dulces malicias de la intención.»

No es menos hermoso y elocuente este otro párrafo, que no resisto al deseo de copiar íntegramente, por la belleza del lenguaje, lleno de jugo, de elegancia y energía:

«Hijo legítimo de la Enciclopedia, el siglo XIX repugna á todo lo vago, misterioso y sublime; detesta la metafísica y adora la mecánica; derriba los templos y edifica museos; deja á sus astrónomos el cuidado de contemplar los cielos y ahonda en las entrañas de la tierra para buscar el oro que la prudencia y sabiduría de nuestra madre común ha escondido á la insaciable codicia de los humanos. Como torrente impetuoso ó desbocado corcel, la humanidad se lanza á los ignotos campos del porvenir, sin que nadie sea osado á detenerla en su rápida carrera. El filósofo que pretenda amonestarla, el historiador que intente hacerle oír las severas lecciones de la experiencia, el poeta que alce la voz para cantar las glorias del pasado ó las negras inquietudes del porvenir, si quiere ser escuchado, ha de ser rápido y breve como el tiempo que ella se da para cobrar aliento en las estaciones del camino. Y si tal es la índole de los tiempos y es ley el progreso de las sociedades humanas, ¿cómo se intenta resucitar ahora el pomposo y elíptico lenguaje en que hablaron y escribieron los grandes maestros del siglo de oro? ¿cómo exigir que los contemporáneos de Edison se expresen del mismo modo que lo hacían Cervantes en sus novelas, Granada en sus oraciones, Rivadaneira en sus tratados y Calderón en sus comedias, si no hay comparación ni cabe arreglo entre aquellos interminables períodos, vastos y sinuosos como el ramaje de una encina y la nueva sintaxis que han descubierto los inventores del telégrafo eléctrico? Y ¿á qué la hermosura y magnificencia del

follaje y el agreste perfume de las flores y lo apacible de la sombra y el discreto susurro de las hojas y el murmurar de la fuente que corre al pie y todo cuanto halaga la imaginación y adormece nuestros sentidos, si lo que importa es cosechar el fruto y exprimir el aceite, cuando no derribar el árbol para explotar la madera?»

Muchas celebridades chilenas han llegado á visitar el Plata. Algunas han resultado que no lo eran más que de nombre. Otros puramente decorativas y verbosas, verdaderas cañas parlantes. Juan Agustín Barriga forma con ellas honrosísimo contraste

Dos chilenos eminentes he tenido ocasión de tratar: Barros Arana, por su erudición indiscutible y sus notables aptitudes de historiógrafo; Juan Agustín Barriga, por su inteligencia luminosa y penetrante, como no he conocido hasta ahora ninguna. Como escritor, lo estimo el primero de su país y uno de los primeros de la América Española.

En verdad, no puedo explicarme cómo un escritor de esta importancia, que maneja de este modo la lengua, dotado de un instinto crítico tan poderoso, de una inteligencia tan noble, viva y abierta, no haya adquirido aún la celebridad que indebidamente se ha concedido á tantos individuos mediocres de su país y de la América en general.

Talvez se debe á que Juan Agustín Barriga ha escrito poco; talvez á sus ideas religiosas y á su espíritu conservador y aristocrático, enemigo de todo liberalismo; quien sabe si á la mezquina emulación de los que valen menos que él y no le alcanzan.

Como orador parlamentario no podemos juzgarlo debidamente, porque el orador ha de ser escuchado y no leído.

Como hombre es necesario conocerlo de cerca para apreciarlo en lo que vale. A primera vista parece adusto y presuntuoso; en el fondo es modesto y algo escéptico en materias que no sean religiosas. Dotado de un corazón bellissimo, de

un alma excepcionalmente rica en afectos y energías, Juan Agustín Barriga, si tiene desdén para muchos, no tiene hiel para nadie. Como las piedras preciosas, no se descubre, sino á quien sabe buscarlo y comprenderlo.

Para los intereses conservadores y religiosos de América, un ejemplar de esta especie es inapreciable. Su firmeza forma raro y curioso contraste con la aparente debilidad de su físico. He oído á uno de sus compatriotas, que durante tres años sostuvo solo la causa conservadora en el Congreso de Chile. La elegancia y distinción natural de su lenguaje impone á los adversarios el respeto, seduce al auditorio inteligente y entusiasmo á los amigos que le escuchan.

No abrigo la menor duda: este joven esté llamado á ejercer grande influencia en la dirección intelectual de su país y de la América Española.

Flores, enero de 1892.



P. G.



